

MARTÍ, PALADÍN DE CUBA*

Hace cincuenta años, el 19 de mayo de 1895, sobre el suelo de Cuba yacía el cadáver de un hombre de frente comba, nariz delgada y ojos que en vida fueron ejemplo de un mirar hondo, sereno, grave, a la vez íntimo y persuasivo... aquel cadáver era el despojo de una existencia extraordinariamente rápida y lúcida. El corazón que, durante un poco más de ocho lustros, latió dentro de ese pecho fue el corazón de uno de los más generosos americanos: el corazón de José Martí.

¿Por qué camino –de rebeldía y de privaciones– había guiado la voluntad a José Martí hasta aquel encuentro con lo más perdurable de su conciencia que es, en los héroes, la muerte hallada en el cumplimiento de una misión?

HOMBRE Y ESTATUA

Decía Rilke que cada uno de nosotros lleva su muerte en lo más secreto de su persona, como en la pulpa del fruto va la semilla. En efecto, toda biografía no constituye otra cosa que el itinerario de un viaje hacia la cita definitiva consigo mismo; cita que implica la consagración suprema para los grandes, el instante en que el cuerpo desaparece y la piedad de los sucesores se apresta a sustituirlo con el símbolo de la estatua. Pero si hay, en la galería de los constructores continentales, alguna estatua en que el mármol póstumo no se atreve a contener el perfil del hombre que representa, esa estatua, señores, es a mi juicio la del inquietante e inquieto protagonista que hoy celebramos: la estatua vívida de Martí.

Revolucionario, viajero, poeta y batallador, Martí se inscribe, con innegable derecho, en la teoría de los más celebrados descubridores americanos; en la tradición de los navegantes, como Colón; en la tradición de los misioneros, como Vasco de Quiroga; en la tradición de los libertadores, como Bolívar, Washington y Morelos.

* *Homenaje a José Martí en el cincuentenario de su muerte.- México, D.F., 19 de mayo de 1945. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.79-83.*

Para él, América no fue únicamente un hecho, sino un deber; porque este Hemisferio no se ofreció jamás a su entendimiento como un horizonte geográfico limitado, sino como una promesa histórica, de esperanza para toda la humanidad.

META DE MARTÍ: ENCONTRAR A AMÉRICA

El camino al que antes me referí: ese camino que, por mares, valles y serranías, llevó al cantor de la "niña de Guatemala" hasta el combate trágico de Dos Ríos, tenía una meta, una meta augusta: encontrar a América. Pero no a la América destrozada, que recorrieron sus pasos de guía y que sus manos de apóstol acariciaron con devoción, sino a la América libre a la que dedicó sus discursos más penetrantes: esa América que todavía está en formación en nosotros mismos, haciéndose lentamente con lo mejor de nuestras ambiciones y nuestros actos, tropezando aún –para germinar– con nuestros defectos; luchando, en suma, por ser lo que su nombre le augura desde hace siglos: la cuna de un mundo nuevo.

Muchos son los que han visto a América. Menos los que la han comprendido. Pocos, muy pocos, los que supieron sentirla, como Martí. La sintió tan hondo que podría decirse ahora, sin exageración, que América fue para él un padecimiento: algo que no estaba sólo en su espíritu, sino en cada gota del caudal magnífico de su sangre; una tortura tan exclusiva que no había nada, en su pensamiento, que no aceptase la sumisión a esa causa última; un ideal de dominio tan absoluto que hasta la autonomía del artista y la piedad del patriota vivían en su alma como demostraciones de su culto continental.

La sensibilidad, la lectura, los viajes, el trato del europeo, los años de estudio en España e incluso la amplitud de un talento abierto a todas las curiosidades y expuesto a todas las tentaciones, no consiguieron alejar ni por un minuto a José Martí de aquella función primordial, exhaustiva y apasionante: encontrar a América. Todos sus amores, hasta el de Cuba –y entenderán lo mucho que digo quienes recuerden qué poderosas raíces tuvo en su ánimo el patriotismo– fueron para el excelso cubano revelaciones, coincidentes o sucesivas, de un solo amor: el amor a América.

MADRE AMÉRICA

Por eso, en la carta que envió a su madre el 25 de marzo de 1895, antes de partir para la aventura que había de concluir con el holocausto que conocemos, no acertamos a distinguir entre la gratitud del hijo y la pasión del americano y no

sabemos si se despide de una mujer o de la tierra entera de un Continente. La carta a que aludo principia así:

"Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida. Y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?... Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre."

Madre América, según él la llamó, ¿qué habitante de este Hemisferio hizo jamás de su vida un ejercicio tan limpio que, al despedirse de ella, tuviera más argumentos que él para hablar así, confundiendo acaso, aunque sin quererlo, el entusiasmo cívico y la ternura filial, la verdad del hombre y la efusión del libertador?

En esas líneas, que son como el testamento de su capacidad poética más insigne —la que advertimos en sus acciones— Martí confiesa, con emocionante modestia, lo que otros claman desde las cumbres: su fidelidad al deber y su vocación para el sacrificio.

Sólo aquel que posee en tan alto grado esas dos condiciones indispensables puede hablar sin falsía de virtud, de rigor y de libertad. Su obra de tribuno abunda en páginas elocuentes, en períodos y cláusulas admirables. Pero su mayor elocuencia vibra en la lealtad de esa vocación para el sacrificio de la que, a veces, como en la carta que he mencionado, más que jactarse, parece excusarse afectuosamente, no sin viril y patética ingenuidad.

MAESTRO DE JUVENTUDES

¡Noble y estoico José Martí! ¡Qué lección de energía sin arrogancia, de santa cólera sin rencores y, sobre todo, de intensa, de honda autenticidad, es la que se desprende para nosotros de sus páginas más felices! Maestro de juventudes fue en todo instante, lo mismo en 1889, cuando afirmó en Nueva York, durante la velada organizada por la Sociedad Literaria Hispanoamericana, que "sólo perdura la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos", que cuando exclamó, en 1891: "Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que recibe cualquier mejilla de hombre. Sáquese a lucir y a incendiar las almas y a vibrar como el rayo, a la verdad y síganla, libres, los hombres honrados."

Quien descubre acentos tan convincentes para elogiar al género humano en la dignidad impecable de su destino, no pertenece exclusivamente a la casta de los

precursores de nuestra América; se instala, con majestad incontrovertible, dentro del linaje de los forjadores más puros de la solidaridad democrática de los pueblos. Y es a ellos, a los videntes, como Martí, a quienes debemos volver los ojos en estas horas de irrecusable y tremenda definición.

El hablaba, pensando en la paz que sobrevendría para sus compatriotas, después del fragor de las luchas de independencia. Y nosotros nos reunimos a recordarle, pensando en la tarea de paz que habrá de incumbir —y no a América solamente— tras de esta crisis que ha conmovido, hasta en sus cimientos, la estructura material y moral de la convivencia civilizada.

AUTENTICIDAD SIN ABDICACIONES

El consejo de su voz y el testimonio de su conducta cobran por consiguiente, en los actuales tiempos de prueba, una magnitud de prestigios indiscutibles. Sólo siendo sinceros y originales, como él quería, lograremos participar en el intento de dar al mundo una nueva fe. Sólo sintiendo —como él quería— que, frente a la igualdad espléndida del espíritu, no haya desigualdades de razas o de colores, ni de vejez o de mocedad en la obligación, alcanzaremos el plano de inteligencia, de rectitud y de ética madurez que sirve de base a las construcciones políticas permanentes. Sólo buscándola en las entrañas de nuestra propia naturaleza, como él quería, sin abdicaciones ni mimetismos, encontraremos la veta de la universal justicia y de la positiva fraternidad.

Porque él sentía la independencia de su país, como suele sentir el artista, entre los dedos con que se esfuerza por modelarla, el misterioso peso inminente de la medalla en que sus anhelos se perpetúan. Y también nosotros sentimos hoy, por humilde que sea nuestra aptitud para afrontar responsabilidades tan gigantescas, que de la paz que alumbra nuestra esperanza no estará nada más pendiente la libertad de nuestras naciones, sino nuestro concepto de la persona como persona, nuestro sentido íntegro de la vida y nuestro derecho a ver en nosotros mismos, sin rubor, sin hipocresía y sin malestar.

Este, después de todo, es el eterno valor de los grandes hombres. Su acción no cesa cuando fallecen. Mientras sus ideas conservan fuego bastante para animar y encender nuestras existencias, están junto con nosotros, viven por nosotros y con nosotros. Por eso, medio siglo después de muerto, para obtener la paz que buscamos, austera y franca, segura y justa, combate al frente de nuestras filas un soldado sin armas, un verdadero soldado libre: José Martí.

México se da cuenta de su presencia. Y —en esta noche de aniversario— la acoge, con emoción.